

Homenaje a Miguel Labordeta

JUAN ANTONIO HORMIGON

PIENSO que hoy podemos afirmar sin demasiado riesgo de error que Miguel Labordeta es el mejor poeta que ha dado Aragón desde la guerra civil. En su corpachón voluminoso, tras su cabeza de interminable calvota, su verba trufada de chascarrillos, su ironía destemplada e hiriente a ratos, habla un hombre bueno, sensible, lúcido e indeciso. En la Zaragoza de los años cincuenta y sesenta, Miguel representó el clima de una práctica poética cusajada y de una actitud civil incólume a las acechanzas franquistas.

Conocí a Miguel a mitad de los años sesenta en la tertulia de Niké, un viejo café de amplios divanes en donde se reunían algunos poetas y escritores y adonde comenzamos a acudir los jóvenes estudiantes que iniciábamos por aquel entonces nuestros primeros pinitos literarios y políticos. En aquel clima de humanismo lánguido y provincial resignación, en donde algún que otro recién llegado de fuera o de paso pretendía aterrorizar vanamente con desplantes o extravagancias, Miguel Labordeta sorbía lentamente su manzanilla, escuchaba, sonreía con toda la chusqueza baturra de que era capaz y lanzaba los dardos agudos de sus comentarios siempre a tiempo.

Noctámbulo empedernido como era, recuerdo que algunos días, ya cerrados los últimos cafés, paseábamos juntos dos o tres horas por el que hoy se llama todavía paseo del General Mola, cuando aún conservaba sus casas modernistas con verjas y jardines y su arcén central con bancos y árboles: último rescaldo de la burguesía empujadora de principios de siglo. Aquellas conversaciones sobre poesía y teatro iban definiendo una imagen de ese escritor cansado y culto que, casi a hurtadillas, era un poco nuestro padre espiritual.

Para la mayoría de sus conciudadanos, Miguel Labordeta era sólo un profesor oscuro, que atronaba con su carcajada seca y bronca en algunos espectáculos e incluso en sus silencios, se convertía en la conciencia acusadora del genocidio cultural franquista.

En el duro combate

Compré la primera edición de "Epilírica", escrita en 1952 y publicada nueve años después, en la librería de lance de Inocencio Ruiz, por un par de duros. Aquel cuaderno grandote, que guardo con esmero, fue mi primera aproximación a la poesía de Miguel. Después conocimos más cosas en las inefab-

bles "sesiones poéticas" que celebrábamos en la Facultad de Letras, centro de cotilleos y discusiones en la Universidad zaragozana de los primeros años sesenta, aunque muchos no pertenecíamos a su censo estudiantil, bastante apático, cursilón y beato.

Por aquel entonces, Miguel Labordeta había dejado de publicar y presumiblemente de escribir. Asistía a tertulias, escuchaba cómo algunos anunciaban que se habían presentado a tal o cual premio y como otros se lo callaban para no descubrir su posible innominación a finalistas, y aparentaba estar ajeno a esas contiendas. Miguel había llegado al silencio por hastío, según las conjeturas. Después supimos que no era verdad cuando a su muerte apareció un buen paquete de poemas inéditos que eran cuidadosamente trabajados día a día. Pero también pudimos comprender las raíces de aquel aparente escepticismo y apartamiento de la actividad literaria.

Miguel Labordeta fue, un poco menos anónimo que otros, sumariamente aplastado en aquella abracadabrante posguerra española vivida en una ciudad de alto crecimiento vegetativo pero levítica y cerrada a cal y canto. Si hoy repasamos la lista de cargos en su administración o su clerecía, hallamos una nómina bastante amplia de preclaros fascistas del reino, unos desaparecidos, otros vivos y alejados de cualquier cargo público porque no pudieron ni tan siquiera soportar aquel tímido lavado facial del régimen en el otoño de 1969.

Aquella Zaragoza se limitó a rechazar violentamente cualquier perspectiva creadora de cambio, de imaginación, de trabajo abierto, de ilusión por construirse. Los campesinos del secano que llegaban a sus fábricas se atornillaban allí como si hubieran encontrado la bendición de comer todos los días a costa de lo que fuera. Los que poseían un título universitario o una ilusión artística —sólo así puede llamarse la profesión ejercida a medias— escapaban si podían, cuanto más lejos mejor. Y Miguel Labordeta se quedó. Tras un corto período de doctorado madrileño, se fue a vivir al caserón del palacio Lanuza, con sus fachadas a la calle del Buen Pastor y a la plaza de San Cayetano, de donde sale cada viernes de Semana Santa la procesión de romanos, capirotes, terceroles y pasos. Allí había nacido, allí estuvo la primera sede del colegio familiar, allí se coordinaron las primeras tentativas poéticas, allí se amontonaban los casi tres mil ejemplares de sus obras completas, publicadas en



Labordeta: una actitud civil incólume a las acechanzas franquistas.

1972 por la desaparecida Editorial Javalambre, y que nadie distribuyó.

En esa ciudad de cortantes vientos y soles implacables, Miguel Labordeta decidió luchar casi en solitario, con un grupo de amigos, con invenciones mitad realidad, mitad deseo, solo y abandonado en la inmensidad de una España insolidaria que se ha obstinado en considerar culturalmente importante sólo lo hecho en Madrid y Barcelona. Cuando creó la OPI (Oficina Poética Internacional) con los viejos y nuevos amigos de correspondencia en una serie de puntos de aquí y allá, la BPS zaragozana la calificó de "tapadera", como siempre, de una posible "Oficina Política Internacional" y controló sus movimientos como una potencial red de información y subversión, todo era entonces subversivo dado el bajo nivel de las luchas políticas y sindicales y el partido de oposición más numeroso reunía en la ciudad un par o tres docenas de militantes.

Miguel vivió la condición de hombre acosado, marginado de forma activa por su sociedad. De todo ello y de su propia situación en un mundo de injusticias flagrantes, crueles memorias bélicas, nuevas guerras y permanentes persecuciones, fue brotando el conjunto de su

poesía como un borbotón inconcebible o manso. Tuvo también conciencia de la imposible comunicación a que el país estaba sometido. Cuando en los años cincuenta presentó a censura uno de sus manuscritos, no recuerdo cuál, el entonces delegado de Información y Turismo y censor máximo de la ciudad vino a decirle más o menos: "Yo sé bien lo que quiere decir; no crea que a mí me engaña; se lo autorizo porque nadie lo va a entender". Quizá entre aquellos versos incomprensibles estaban los de "un hombre de treinta años pide la palabra":

"A vosotros, los violentos, los idealistas de la muerte, los que sumisteis al mundo en un fragor de horrores creyendo crear un nuevo sol con vuestra pobre bola de sebo: en nombre de mi generación yo os acuso".

Así eran las cosas.

Un homenaje

Ha sido necesario que Miguel muriese y que muchas cosas cambiaran en el país y en esa Zaragoza cerrada y levítica, para que sea posible un homenaje amplio y público al poeta. Un homenaje que en lugar de nostálgica rememoración ni tan siquiera de justa compensación a tantos sinsabores vividos, debe ser reflexión y denuncia para construir una futura convivencia ciudadana libre de inquisiciones, y en donde la cultura pueda ser una práctica en libertad, disfrutada por todos los ciudadanos.

Los actos a celebrar se iniciaron el 4 de marzo y finalizan el 3 de abril. Incluyen conferencias de Ricardo Senabre, José Carlos Mainer, Francisco Yndurain, Pablo Serrano y Santiago Lagunas. Ciclos cinematográficos de los films realizados en Aragón en los años cincuenta y sesenta, a los que se añaden dos películas de Buñuel. Testimonios poéticos de la Peña Niké. Exposiciones colectivas de los pintores zaragozanos de su tiempo. Recitales de José Antonio Labordeta en homenaje a su hermano. Representaciones de "El silbo vulnerado", "Teatro de la Ribera" y "Teatro Estable" de espectáculos poéticos, poniendo en escena este último "Oficina de horizonte" (1955), única creación escénica de Miguel.

A los aragoneses y a todos los españoles que buscan el rescate de las formas de cultura oscurecidas o amordazadas por el franquismo, este homenaje debe representar un paso adelante en el encuentro de su identidad democrática. ■